

# *GALINDEZ* *EL* *COMUNISTA*

*(Su labor de corrupción política)*

SIXTO ESPINOSA OROZCO  
Y  
JOSE ANGEL SAVIÑON



Señor  
Arrendatario del Apartado  
Ciudad.

CORRESPONDENCIA

Franquicia Postal

## LA VERDAD SOBRE GALINDEZ

—I—

LA nota del Secretario de Estado de la Presidencia, doctor Joaquín Balaguer —aparecida en uno de los más importantes órganos de opinión del país— me impele a echar mi cuarto a espadas en el cacareado tema de la supuesta desaparición física del aventurero español comunistoide Jesús Galíndez. He conocido al sujeto de esta propaganda soviética de última hora, he sufrido, en mi propia carne, con el vil asesinato de dos hermanos míos, los horrores de la guerra civil española y creo hallarme en condiciones concretas, desafiando con la verdad desnuda, a cualquier posible contradictor interesado, de poner los puntos sobre las íes en esta farsa inicua y repugnante.

Jesús Galíndez es o era, porque su fin no me interesa tanto como la maldad de su vida —aún suponiendo que haya podido ser eliminado u oculto por los propios gangster de su horda—, el prototipo del hipócrita solapado, capaz de las más bajas acciones, encubiertas con el manto de un cristianismo apócrifo. Nadie ha producido más daño a la propia República Española, iniciada bajo auspicios de paz que tapaban intenciones perversas, que los pomposamente titulados católicos separatistas vascos, que, poniéndole una vela a Dios y

—3—

otra al demonio, se aliaron con los comunistas, entregándoles el dominio total de mi pobre España. Como secretario y persona de la íntima confianza de Manuel Irujo, ministro de Justicia, por paradoja siniestra, del régimen hispano feudatario de Moscú, Galíndez sancionó, en efecto, el cruel martirologio de los santos mártires obispos que, documentalmente, señala, con perfecta exactitud, la nota del Secretario Balaguer. Pero, con ser horrendo, ese es sólo un triste episodio de la vida criminal de ese malvado. Formando parte del llamado Tribunal de Alta Traición de la República roja, con asiento en Barcelona, en el trágico final de la guerra alentada por el Kremlin, a costa de todo el oro no ya de las arcas del Tesoro español, sino de los Montes de Piedad sostenidos con la pobreza del pueblo, Galíndez, en su calidad de componente máximo de esa institución de verdugos, suscribió infinidad de sentencias de muerte, entre las cuales se hallaba la de mi hermano político, el ingeniero de Montes don Antonio Sorribas Moreno, bárbaramente inmolado, por la travesura de un hijo suyo de doce años de edad, al que las milicias rojas encontraron un pequeño lingote de oro guardado debajo del colchón de su camita, para preservarlo del latrocinio frecuente de los secuaces de Galíndez.

Asombra ver cómo algunos periódicos que se titulan responsables y democráticos manchan sus columnas con esos cuentos de miedo en los que los más conocidos delincuentes, expulsados como indeseables de las naciones que tuvieron la desdicha de verlos nacer bajo su sol, se visten de magistrados para ofrecernos la peregrina versión de una Ley en la que se truecan, al capricho de esa gentuza, los papeles y las posiciones. Jesús Galíndez, es un repulsivo espécimen de la delin-

cuencia internacional, mucho peor que cualquier otro, porque sus crímenes están aumentados por la sevicia de la ingratitude.

La prensa sensacionalista norteamericana, que todavía cree que todos los españoles son toreros y que la mayor parte de los iberoamericanos llevan plumas en la cabeza como el indómito Hatuey, está presentando a una masa de lectores poco alertas al movimiento cultural de este deslumbrante Hemisferio la literatura truculenta que priva en los folletines policíacos. Está intentando sublimizar, con la palma del martirologio, a una figura abyecta y miserable, sin relieve honesto para una biografía decorosa.

Hay columnistas en la prensa americana que mojan sus plumas en el cieno, con tal de percibir la pingüe soldada de Moscú. Una voz tan supremamente autorizada como la de Su Santidad el Papa Pío XII, señalaba, hace muy poco, este peligro de la infiltración comunista en América con la ayuda de los falsarios de la democracia. Produce pavor el pensar en las consecuencias de esta horrenda mixtificación, de este declive de la moral cristiana que ampara y protege tantas locuras y tan plebeyos desahogos de los que, en definitiva, no buscan otra cosa, en medio de sus esporádicos tumultos y de sus escándalos prostibularios, que sentar las bases de la indisciplina social para verter la sementera de sus credos malditos.

No tienen en cuenta los que protegen esas explosiones de la propaganda comunista las sagradas leyes de la confraternidad que vinculan a los pueblos americanos. Se olvidan, también, de que el sistema democrático de los Estados Unidos prohíbe la ingerencia en la política de las demás naciones. No se preocupan, esos malvados, esos asesinos, esos fanticos

sangrientos, de comprometer la seguridad exterior de Norteamérica. Al contrario, eso es lo que buscan los consignatarios del Kremlin en América.

Seguiré, en crónicas sucesivas, descubriendo, con datos irrefutables, de los que respondo, de cualquier manera, los crímenes y las falsedades de Galíndez y de otros libelistas de su calaña, perros sarnosos que muerden la noble mano que les dió de comer y vistió la carroña indecente de su cuerpo canino.

## —II—

El "New York Times", no se puede dudar de que es uno de los periódicos más importantes del mundo. Pero es, también, como una gran casa de vecinos, de los suburbios de la Ciudad del Acero, en la que pared por medio de gentes honestas y laboriosas viven individuos de baja estofa, de la peor ralea gangsteril. Son éstos los que rompen la ecuanimidad de ese considerable órgano de opinión infiltrando en sus columnas el virus de sus resentimientos y de sus propagandas serviles, bajo el control remoto de Moscú.

Ofreciendo un nuevo y lamentable exponente del sensacionalismo de cierta prensa norteamericana, el "New York Times", viene publicando, en forma altisonante, para satisfacer la curiosidad novelera de un núcleo de sus lectores, el tan dramático como ridículo y pintoresco folletín del llamado "Caso Galíndez", sirviendo, de esta guisa, los criminales y bastardos intereses del Kremlin moscovita. Una híbrida y derrotada tropa de exilados dominicanos y españoles, todos prófugos de la justicia, unidos por la camaradería del crimen,

apátridas inverecundos que deshonran a sus lares nativos, ha encontrado asilo y complicidad manifiesta, en ese diario, para sus lucubraciones siniestras que comprometen seriamente los sagrados vínculos de la confraternidad panamericana y pueden producir, en cualquier momento, una situación incómoda en la política exterior de los Estados Unidos.

Luis Araquistain, caracterizado marxista español, comparó, con frase que me parece acertada y feliz, no obstante su procedencia, a los rojos españoles, que pululan por América y por Francia, con Doña Juana "La Loca", porque llevan, de un lado para otro el cadáver de la República española, como hizo la desdichada hija de los Reyes Católicos con los restos de Don Felipe "El Hermoso" por las rutas polvorientas del Valladolid de comienzos del siglo XVI. Después de haber dejado en la estacada y expuesto a los legítimos rigores del vencedor al desarrapado ejército cuyos crímenes y depredaciones dirigieron, los gerifaltes de la revolución roja, que afrontaron una causa perdida, sacrificando, por ella, a dos millones de personas, en su mayoría vilmente asesinadas, con un tiro en la nuca, en los "paseos" de triste recordación, huyeron como gamos ante la acometida final de las huestes franquistas. Ninguno de ellos tuvo el valor de morir por sus ideales. Era mucho más sencillo repartirse el botín robado del Banco de España.

Como gamos dispersos, dejando atrás la piel de tigre con la que se habían disfrazado, se desparramaron por las cordiales Repúblicas iberoamericanas. El éxodo de los vencidos que arrastraban a sus mujeres y a sus hijos hambrientos fué verdaderamente doloroso para los infelices proscriptos de la plebe roja, pero aún viven a cuerpo de rey, en México y en

Nueva York, los mangoneadores de aquel régimen de oprobio. La República Dominicana, abrió sus puertas fraternales a la desperdigada grey fugitiva. Como español, de pura cepa, jamás inscrito en ninguna agrupación política, me abochorona la recordación del inicuo comportamiento de algunos españoles que hallaron en este país una acogida excesivamente benévola.

Entre esa caravana, aunque en el pedestal de los privilegios, figuraba un jovenzuelo que, no obstante su corta edad, ya había nutrido los cementerios sin cruces de la España roja, significándose, bajo una capa hipócrita de catolicismo blasfemo, en la persecución y en el asesinato de los más santos e ilustres Príncipes de la Iglesia: El vasco separatista Jesús Galíndez, un criminal de ciencia infusa que venía a descubrir América y a mostrar su propia, negra y malvada ingratitud.

Los Obispos que la documentada nota del Secretario Balaguer presenta en el archivo de los crímenes de ese canalla y muchos miles de sacerdotes no incluídos en dicha nota, fueron inmolados bárbaramente, después de someterlos a sufrimientos atroces, por Galíndez y su horda soviética. El que fuera mi venerado amigo don Diego Ventaja, Obispo de Almería, mi tierra natal, estuvo confinado largos meses en un campo de concentración de la provincia de Granada en el que se le obligó a trabajar en los más duros menesteres... y a cavar su propia fosa.

Mañana, Dios mediante, seguiré narrando otras "hazañas" del desalmado Galíndez a quien pretenden, inútilmente, glorificar los demás bandidos de su cuadrilla... Fuí testigo de esa infamante ola de terror, conocí al pistolero Galíndez, de cerca, y puedo desmentir, categóricamente, con pruebas

irrefutables, todas las acusaciones ridículas y malvadas que los sicarios de Moscú vienen haciendo.

—III—

No quiero hacer de un gusano un elefante. El pomposamente llamado, por la prensa sensacionalista norteamericana, "El caso Galíndez", solo tiene, para mis preocupaciones periodísticas, el interés de un reportaje policial. Esta es la negra historia de un bandido ingrato, sin otra personalidad que la nefanda que sus crímenes le dieron.

La avalancha de emigrados españoles producida por la derrota del ejército rojo que pone fin a la guerra civil española, vierte, sobre las hospitalarias playas dominicanas, un tropel de aventureros con las manos manchadas de sangre. No soy falangista ni he militado jamás en ningún partido político de España y menos, naturalmente, de ningún otro país. Me inspiran profundo respeto todas las ideas —a excepción de las comunistas por lo que tienen de salvajemente destructoras del orden social y religioso— y admito que entre los exilados de la lucha fratricida de España pudo haber gentes honradas que sufrieron el agudo pesar de ausentarse, para siempre, de la Madre Patria por una inexcusable incompatibilidad de sus ideales con los representados por los franquistas. Otorgo esa concesión extremadamente liberal, para que no se entienda que combato sistemáticamente a los que, tal vez, fueron víctimas de sus propios errores, aunque opino que ya es hora de olvidar ese rencor, puesto que nunca hubo en España, cuando se trató de defenderla, distingos entre los ideales de los buenos patriotas que nos legaron, con sus heroísmos, una Historia inmortal.

Pero Jesús Galíndez no puede catalogarse entre los devotos de la razón pura, del pensamiento elevado y honesto, de la espiritualidad reflexiva y perseverante. Es un arrivista educado en la escuela del crimen y de la traición. A los veintún años, tiene un título universitario. No hay español con corbata —cuenta un dicho popular— que, a esa edad, no lo tenga. Lo que hay que ver, luego, es para qué le sirve.

Es mucho más importante ser docto que doctor. Debería ser lo contrario, en sentido gramatical y ortográfico, pero la falta de una letra suele dar prestigio y solidez a lo primero en perjuicio de su antecedente. El doctor Galíndez —que no tiene nada de docto—, no hace su reválida, su aprendizaje práctico de abogado, en las disciplinas forenses, en un creciente y meditado estudio de la ciencia del Derecho, en la nueva jurisprudencia frecuentemente impartida por los Tribunales de cualquier país del mundo civilizado. Ha nacido más para reo que para juez y la triste guerra civil de España le proporciona lucimiento a sus habilidades criminosas.

Es un separatista vasco, de los de pantalón de "mil rayas", que odia enconadamente a los españoles que nacieron en otras regiones, a los "maquetos" que considera enemigos de las libertades de Vasconia simbolizadas en el árbol de Guernica. Su protector, Manuel Irujo, ministro de "Justicia", en los últimos y sangrientos estertores de la República roja, con asiento en Barcelona, le ofrece una oportunidad de vengarse de ellos. Galíndez asesora, con bajo instinto de verdugo que justifica su vil soldada cada vez que se levanta la horca o actúa el pelotón de fusilamiento, al titulado Tribunal de Alta Traición que persigue implacablemente a las atemorizadas derechas, incapaces de ninguna actitud hostil, que sería,

desde luego, suicida, contra los poderes rojos sustentados por los mariscales de Moscú. Se refocila, como una bestia carnívora, haciendo las listas de los condenados a muerte, indulta y condena a su capricho, y aún los papeles siniestros de fiscal y de ejecutor de una justicia infame, conculcadora del derecho de gentes, hermanando, en fatídica promiscuidad a Fouquier-Tinville con Sansón, el monstruo letrado y el analfabeto de la Revolución Francesa.

Con ese bagaje repulsivo, que esconde con la hipócrita sonrisa solapada del truhán que prepara nuevas fechorías, Galíndez llega a la República Dominicana. La hospitalidad generosa de los altos dignatarios de la nación, se conmueve ante el arribo de la hambrienta y desolada tropa en la que Galíndez oficia de tiranuelo. El ensangrentado histrión, se deshace en elogios sobre este país, se muestra conmovido por el cordial recibimiento, gatea para encumbrarse, culebrea como un reptil que es, y lo vemos disfrutando de pingües sueldos y posiciones ventajosas que nunca había podido soñar su ambición de asesino de gentes indefensas. Utilizando el arma falaz del engaño, se encumbra desorbitadamente. Y cuando pasa por aquí el pintoresco presidente del "Gobierno vasco en el exilio" se va con él, tranquilamente, sin la menor dificultad, y se despide, con lágrimas en los ojos, como amigo de los dominicanos y admirador ferviente de su más ilustre Estadista...

Mañana, Dios mediante, sabrá, el que lo ignore, cómo correspondió ese cobarde asesino a sus promesas y a los favores que recibió en este país que albergó en su seno, con ge-

nerosa tolerancia, a ese ingrato facineroso, sin preocuparse de indagar sus pésimos antecedentes.

## —IV—

Cuando apenas tiene veinticinco años de edad, Galíndez llega a la República Dominicana. Ha pasado un trienio, en España, apretando el gatillo de su pistola en una revolución sangrienta en la que había que demostrar "ser muy hombre" matando Obispos octogenarios y pobres monjes indefensos. El jovenzuelo vasco tiene un apelativo de estornudo más que de recordatorio de la sublime Figura Sagrada a la que ofende con sus crímenes, demuestra, bien pronto, sus aptitudes para el despojo y el asesinato. Es "católico", según su dictamen de falsario, y maneja y ultraja el nombre de Cristo para cometer sus demoníacas fechorías.

El rabo de lagartija de la República española, de la que es fiscal y tirano el mariscal soviético Kléber, hace sus últimas convulsiones, después de que las tropas franquistas han cortado la comunicación entre Valencia y Barcelona, sitiando a la gran Ciudad de Wifredo el Velloso. El "Gobierno Vasco" tiene su asiento en un gran edificio, en el Paseo de la Gracia barcelonés cerca de la calle de Aragón, incautado al estilo predominante en aquellos días pavorosos. Galíndez lleva, a los sótanos de la mansión envilecida, a los que tiene y ejecuta, luego, con su propia mano. Mientras tanto, hace simulacros blasfemos de entierros católicos y de misas que resultan negras para dar a los periodistas extranjeros —entre los que se hallaban mis amigos los hermanos Keisel, los formidables editorialistas de "Paris-Midi" y "Paris-Soir"— la sen-

sación de que la República feudataria de Moscú, que ha inmolado a diez mil sacerdotes, respeta los sentimientos religiosos que hacen hoy de España la hija predilecta de Roma.

Es un inducto abogadillo "de secano", como el gracejo popular español titula a los letrados inútiles, el que llega a Ciudad Trujillo, al perder los rojos la guerra. En este ambiente de paz, de progreso y de orden, se civiliza, adquiere la cultura que le falta, aprende a humanizarse y a vestirse por dentro y por fuera. Con la sonrisa hipócrita que el Kremlin aconseja a sus propagandistas taimados, logra introducirse en las esferas nacionales, a fuerza de servirles elogios y de muestras de gratitud por los favores que recibe. Cobra buenos sueldos, discursa, en tono altisonante, mostrándose un decidido y sincero panegirista de las asombrosas realizaciones de la Era gloriosa de Trujillo.

Un buen día, el aventurero ensangrentado, se marcha de aquí, amigablemente, obteniendo las facilidades que se dan a todos los extranjeros para salir de la República Dominicana o entrar en ella, sin los engorrosos inconvenientes que otros Gobiernos ponen, en esos casos. Galíndez, en la compañía del jefecillo del grupo separatista de Vasconia, recorre otras naciones americanas y entra en contacto con los elementos soviéticos que fueron sus cómplices en la revolución de España. Le unen con ellos compromisos que considera inexcusables, porque todos son lobos de la misma camada, empapados en la sangre inocente de millares de víctimas salvajemente ultimadas. El siniestro Tallien del Terror hispano, se vincula, de nuevo, a sus camaradas y empieza a recibir otra soldada de Moscú, como en los días terribles en que su diestra criminal inmolaba Obispos y mujeres en estado de gravidez.

Para justificar los emolumentos que cobra, se dedica a calumniar al Gobierno anticomunista más genuinamente representativo del orden y el progreso de las naciones iberoamericanas. Muerde rabiosamente la noble mano que lo alimentó; mintiendo, con inaudito descaro, presentando las cosas como sabe muy bien que no son, porque tuvo oportunidad de cerciorarse de que la República Dominicana es un país democrático, en el que se ha operado una transformación maravillosa y en donde el nivel de vida y el bienestar común son más altos que en el resto del mundo.

El que tiene tantos crímenes sobre su negra conciencia, el que ha visto tantas monstruosidades, tantas conculcaciones de la Ley, tantos despojos y asesinatos, el que ha podido escribir la más espeluznante historia de la delincuencia, en un acto de contrición que paliara el efecto de su intervención en esas felonías, emprende una vil e interesada campaña contra los altos poderes y el pueblo dominicanos, a los que tan señalados favores les debe. Su prosa mercenaria de lacayo de los zares rojos se alimenta de falsedades inicuas, de embustes falaces, que no ofrecen la menor resistencia al escarpelo de la verdad.

Los ladridos de este can sarnoso a la luna clara del resurgimiento dominicano, de la grandeza de la Era de Trujillo, no preocupan, por su pequeñez, por sus mentiras, al prominente Estadista, de talla universal, atacado por ese eunuco miserable. El vil chantagista, intentó obtener veinticinco mil pesos para no sacar a la tenebrosa luz de su mundo abyecto un libro de insolente ingratitud cuya publicación no intranquiliza lo más mínimo a la limpia y elevada conciencia de los

gobernantes dominicanos. ¿Qué importa, en definitiva, lo que un gusano le pueda hacer a un Dios?

—y V—

No fué Galíndez —el malagradecido vasco separatista al servicio de Moscú—, con su ínfima personalidad de fantoche sangriento conculcador de la democracia, el que me excitó fundamentalmente a escribir esta serie de croni-quillas a las que hoy pongo punto final, a reserva de seguir tratando, más adelante, del tema que sugiere la infiel conducta de ese bandido. Es el fenómeno político-social que la actitud de esa jauría de perros sarnosos de la que forma parte Galíndez representa el que me ha llevado a las consideraciones que vengo sustentando.

Los gangsters políticos han desplazado, en Nueva York, a las mesnadas de contrabandistas de Al Capone. La Babel de Acero, se ha convertido en el refugio de una tropa de delincuentes internacionales, asalariados del Kremlin, que, desde sus covachuelas de la gran ciudad, irradian sobre el desprevenido e ingenuo mundo americano los resplandores siniestros de sus propagandas comunistas, con el insólito apoyo de cierta prensa y de una pléyade gris de seudointelectuales que se titulan amantes de la libertad para utilizarla, con abuso notorio y malévolamente intención, en el desarrollo de sus planes de soviétizar a América. Mientras los Estados Unidos, campeones de la ardiente Cruzada contra el comunismo anti-cristiano y totalitario, viven con la preocupación y el empecinamiento de extirpar en el Mundo Libre la viscosa y repugnante cizaña de esa doctrina horrenda, el feroz y solapado enemigo se está infiltrando en los lares de Lincoln y de Wáshington,

es decir, en el mismo cuartel general de la santa guerra liberadora.

“El “Caso Galíndez” que la prensa sensacionalista norteamericana ha venido explotando como un incentivo más de la pavorosa crónica de sucesos policiales, sólo es, en definitiva, obvio resulta declararlo, una maniobra de los sicarios del imperialismo soviético cuya presencia en América ha sido señalada, con la suprema autoridad de su jerarquía apostólica y de su talento sin par, en recientes y sensacionales declaraciones, por el Sumo Pontífice de la Iglesia de Cristo. El Excelso Timonel de la Nave de San Pedro, en su radiante época de Secretario de Estado del Vaticano, recorrió muchas naciones del Nuevo Mundo. Conoce sus problemas, que ha estudiado con el sentido infalible de humanidad y de percepción de lo porvenir que caracteriza las ideas y las concepciones del más ilustre y sabio de los Papas que la Cristiandad ha venerado. Su voz evangélica ha marcado el peligro. Locos o malvados serán los que no vivan alerta, o, por razones peculiares, no quieran escuchar la cabalgada dantesca de los cuatro jinetes del Apocalipsis que han empezado a hollar la libre tierra americana. La más horrida de las invasiones que ha podido sufrir suelo alguno, ha enviado ya sus emisarios malditos para sembrar la discordia entre los pueblos que son objetivo inminente de las hordas asiáticas manejadas por los zares rojos.

Cuba es la guarida del Anticristo que tiene su base de operaciones en el Caribe, meridiano y pulmón de este Hemisferio. Los hambrientos y proscriptos revolucionarios españoles, aprovechan la sabiduría infusa de sus catedráticos serviles para venderse al oro moscovita en nombre de una democracia cuyos postulados de paz y de respeto mutuo han mancillado

tantas veces con sus crímenes y sus despojos. La taifa de iberoamericanos que pulula por los bajos fondos de Nueva York, dándole trabajo a la policía y ocasionándole conflictos al Gobierno de los Estados Unidos, muestra, en estos momentos, una agitación peligrosa que sería insensato no vigilar. Galíndez, no es más que un gusano que brota de ese pudridero en el que los demonios del mal y las brujas del crimen tienen su aquelarre. La más odiosa confabulación contra la paz social, contra los valores espirituales de la religión cristiana, se está fraguando en esa nueva Corte de los Milagros, asilo de hampones y de truhanes de toda laya, que tiene asiento en los barrios bajos de Nueva York.

Esa horda vil, rastrera y mentirosa, de homosexuales y de pederastas, tiene precisión inexcusable de justificar el salario que percibe de Moscú, a cambio del cumplimiento de consignas destructoras del orden establecido. Maquiavelo se ha vestido de rojo y se pasea, descaradamente, por el Mundo Libre, sirviéndose de los falsos demócratas para imponer sus credos bestiales. Los enemigos de la paz antillana, primer eslabón de la cadena de la paz del Orbe cristiano, han escogido al polichinela Galíndez para representar una farsa ridícula y soez, con la que no se pretende otra cosa más que socavar los cimientos de la confraternidad panamericana.

## GALINDEZ, EL CATOLICO SIN ESCAPULARIO

SU LABOR DE CORRUPCION POLITICA EN  
NUESTRO MEDIO

SE cuenta que el doctor Antonio Román Durán, comunista español que decía ser médico psiquiatra, cuando se disponía a abandonar la República Dominicana, en busca de climas políticos más gratos a su sensibilidad marxista, le dijo con una sonrisa de esperanza al "camarada" José Antonio Bonilla Atilés: "Nos vamos; pero la semilla está prendida".

Román Durán y Bonilla Atilés se encontraron luego en Guatemala, en donde aquella "semilla" ofrecía con prodigalidad su fruto agrio de discordias sociales y de perturbaciones interamericanas. Al estrecharse las manos burguesas con pretensiones proletarias, como agentes del mismo gobierno comunista que entonces dolía a la noble tierra del Quetzal, tuvieron que celebrar, complacidos, la frase con que secretamente sellaron su despedida en Ciudad Trujillo.

La frase, desgraciadamente, tenía su carga de trágica certidumbre: la semilla comunista estaba prendida.

Cuando el oleaje de la tormenta española arrojó hasta nuestras playas la inmigración de refugiados españoles, era

justo pensar que éstos pagarían, si no con gratitud al menos con respeto y comedimiento, la hospitalidad que se les brindaba en su hora más aciaga.

Con las honrosas excepciones de los españoles que con cariño y respeto recíprocos convivieron con nosotros, algunos de los cuales han permanecido confundidos armónicamente con el pueblo dominicano, la resaca española nos dejó lo peor: políticos, comunistas y anarquistas, a quienes la tragedia emponzoñó viejos odios y rencores.

Los comunistas vinieron directamente a lo suyo. En París, antes de marchar hacia la República Dominicana, recibieron las últimas consignas de la Tercera Internacional Comunista.

Unos, obreros y agricultores para el mejor cumplimiento de las instrucciones secretas, marcharon hacia el Este de la República, y se establecieron en la colonia agrícola de Pedro Sánchez, sabedores de antemano de que en la zona oriental existían grandes asentamientos de trabajadores en factorías azucareras. Bajo la pantalla de una labor artística y cultural, cumplieron su cometido. Estudiantes como Roberto McCabe Arísty y Dato Pagán Perdomo y obreros como Justino José del Orbe, quedaron envenenados para siempre por el virus marxista que les fué inyectado entonces.

Otros, los llamados intelectuales, lograron filtrarse en nuestra secular Universidad. Su misión era sencilla en apariencia; de complicados y nefastos resultados en sus previsibles consecuencias: catequizar en el dogma del marxismo a jóvenes estudiantes universitarios.

Penoso es tener que confesar que en su tarea antidominicana y criminal, los comunistas españoles encontraron la

tivos en asociaciones, a veces las más alejadas de toda militancia política.

Los vascos son de sentimientos católicos. El que a sí mismo se había designado "Jefe del grupo vasco en la República Dominicana", ¿cómo podía decir que lo era, si no proclamaba su catolicismo, tan falso como que tan sagrado sentimiento no puede coexistir con la doctrina satánica del comunismo?

Por último, Galíndez se proclamaba con prosopopeya de colegial, "demócrata liberal". ¡Un comunista!

Personero del régimen imperialista más cruel y arbitrario de todo el planeta, Jesús Galíndez o Jesús de Galíndez, se presentaba como un hombre sencillo, honesto, católico y demócrata, y sin embargo, en nuestro medio, dejó el rastro pestilente de su ideología marxista, negación de toda sencillez, de toda honestidad, de todo catolicismo y de toda democracia.

—\*—

En la Universidad de Santo Domingo, cumplió Galíndez las consignas comunistas que trajo de París. Y las cumplió cabalmente.

Jóvenes universitarios como Francisco Alberto Henríquez Vásquez (a) Chito, Félix Servio Ducoudray Mansfield, María Herminia Ornes Coiscou (Maricusa), Rafael Moore Garrido y otros, fueron fanatizados en el comunismo, por el artero catedrático, que como "vasco, sencillo, honesto, católico y demócrata" podía pasar, sin que nadie sospechase ni confundiese, entre la gente decente de la República, que ingenuamente le hizo puesto a su lado.

Dijimos que nadie jamás vió a Galíndez en una iglesia, Pero las autoridades dominicanas pudieron comprobar que era un asiduo concurrente a los conciliábulos secretos en los que el mal llamado "Partido Revolucionario Democrático Dominicano" y la alocada "Juventud Revolucionaria" fraguaban los planes terroristas más descabellados.

Jesús Galíndez era el mentor de esos jóvenes, el corruptor de tanto virgen espíritu, perdido para siempre para el estudio y para el trabajo honesto, al conjuro del calor morbosos del comunismo de un hombre que, llamándose a sí mismo representante del pueblo vasco, no mancilla, pero sí insulta una de las colectividades más rancias, noble y virtuosas de Europa.

Comunista, a Jesús Galíndez, en vez de amor y gratitud, odio le inspiró el pueblo que ha soldado su pensamiento y su acción al pensamiento y a la acción de su gran Líder, el Generalísimo Trujillo, para construir una vibrante unidad de fuerza contra la cual se han estrellado y continuarán rompiéndose las embestidas del comunismo. Necesitaban a la República Dominicana, como base indispensable para convertir el Caribe, en un lago soviético. Trujillo les hizo fracasar. Eso no lo perdonarán los comunistas, llámense Galíndez, Arciniegas u Ornes Coiscou.

Por eso a los dominicanos nos tiene sin cuidado cuanto hayan dicho o puedan decir los comunistas en su lenguaje rastrero y libeloso. Por eso, porque son comunistas.

complicidad secreta de un traidor dominicano: J. A. Bonilla Atilas, quien en su culpable duplicidad política —loas y alabanzas a Trujillo en la prensa y en la tribuna, en una fase pública de su actividad; y en la secreta, cenagoso contubernio con los enemigos de la patria, la religión y el hogar dominicanos— encontró el auxilio de un joven Catedrático, el doctor Moisés Bienvenido Soto Martínez, pariente y protegido suyo, quien después de realizar su labor, embarcó hacia Puerto Rico, y participó luego en la trama de Cayo Confites.

—\*—

Entre esos falsos intelectuales españoles, se encontraba Jesús Galíndez o Jesús de Galíndez, como se hizo llamar luego en los Estados Unidos de América; pero a quien por su constante histrionismo y por su afán exhibicionista, el humor público bautizó con el remoquete de “payaso vasco”.

Arribó Galíndez a tierra dominicana, sin más equipaje ni recursos, que el traje sucio y deshilachado que mal cubría su cuerpo.

Encontró en tierra dominicana, lo mismo que los demás refugiados españoles, que por mor de los generosos y ecuménicos sentimientos del Generalísimo Trujillo fueron abrigados por nuestra hospitalidad, todo cuanto un ser humano podía desear para reconstruir su rota existencia, para que renaciera en su espíritu la perdida alegría de vivir: pan, techo, cariño, consideraciones, sentido de la importancia personal.

Agradeció todo esto Galíndez, con la gratitud que es típica en los comunistas.

Jesús Galíndez llevaba su propia autobiografía a cues-

tas. Aquellos que le conocimos —de esto pueden ofrecer fidelísimo testimonio cuantos entonces frecuentábamos círculos universitarios e intelectuales— llegamos a sentir que la presencia de Galíndez se hacía cada vez más intolerable por su vanidad desbridada, por su yoísmo narcisista, por su megalomanía que no sabíamos si derivaba de un concepto totalmente equivocado de sí mismo, o de una inferiorización —error de un espíritu desequilibrado— que hacía de aquellas personas que tuvimos el deshonor de conocerle y de tratarle.

Galíndez se decía sencillo. Una sonrisa interior provocaba oírle hablar de sus hazañas en la guerra, apenas igualadas por las del Cid y Pelayo. Claro, que de sus crímenes de comunista, entre los cuales se contaban los once mitrados que masacró en España, jamás dijo una palabra.

Hablaba de su honestidad. Pues bien, de todo es sabido el fraude, que por unos cuantos pesos cometía, como autor principal junto con estudiantes mediocres, a quienes, con la ayuda de diccionarios y de otros catedráticos, tan poco escrupulosos como él, les redactaba las tesis y seminarios que debían presentar en las Facultades de Filosofía y Letras y de Derecho.

Alardeaba de su catolicismo fervoroso. Nadie jamás le vió con un escapulario en la mano, ni entrar en una iglesia, ni musitar una oración. En cambio, no sólo se hizo culpable de abominables crímenes en España en la persona de indefensos sacerdotes, sino que en nuestro medio, arrancó criminalmente su fe religiosa a muchos jóvenes estudiantes, cuando inyectó en sus espíritus el virus marxista. Lo del catolicismo de Galíndez es una de las tantas añagazas de que se valen los comunistas para capitanear grupos y auparse a puestos direc-

